



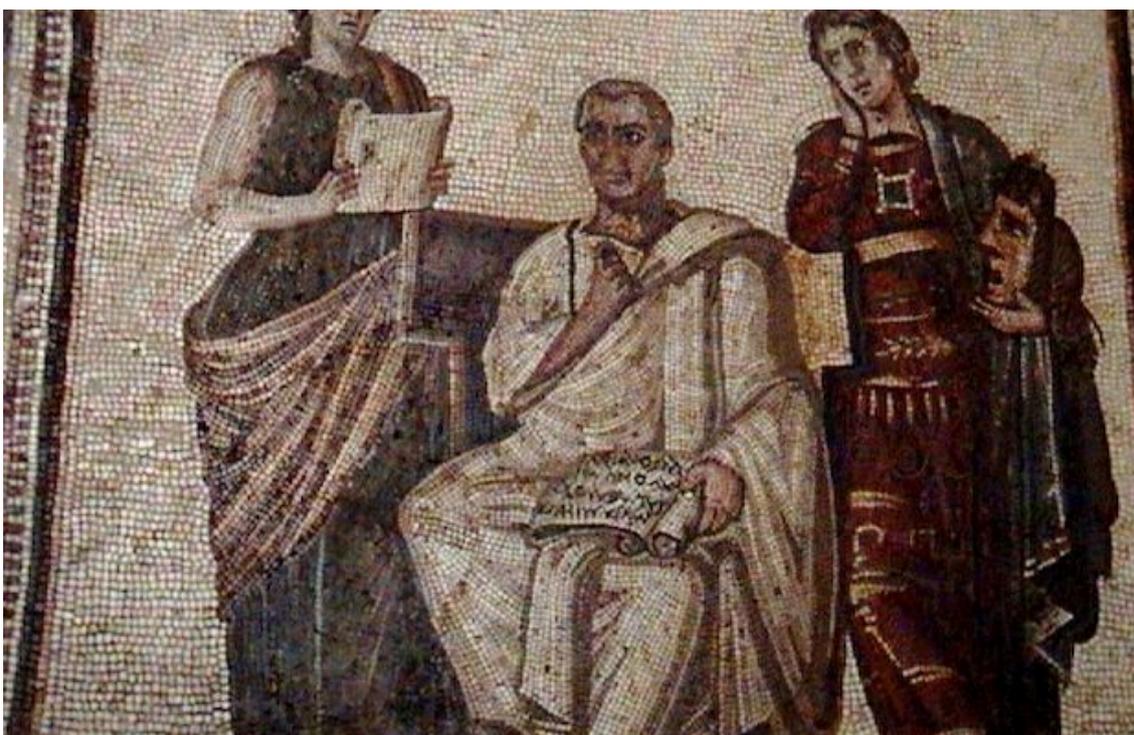
DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

fábula. Del latín *fabŭla* (ing., fr., *fable*; it., *favola*; al. *Fable*).

Composición literaria, generalmente breve, escrita en prosa o en verso, que presenta una ficción sustentada en personajes alegóricos, que pueden seres humanos, animales personificados o toda suerte de seres irracionales o inanimados, destinados a evidenciar con claridad los vicios y las virtudes de los hombres y de la sociedad para concluir con una enseñanza útil o moral.

La concepción occidental de fábula (griego *mythos*, pero también *lógos* o *aînos*) parte de una vasta tradición oral que tendría sus orígenes en Grecia bajo la paternidad de Esopo entre los siglos VII y VI a.C. y que, al menos hasta donde conocemos, no adoptará una plasmación escrita hasta el siglo IV a.C., gracias a la obra de Demetrio de Falereo, político y filósofo de la escuela aristotélica. La relevancia de dicha tradición narrativa era bien conocida, y el propio Platón señalaba en su *Fedón* (61b) el propósito de embarcarse en la versificación de las fábulas de Esopo. Ya entonces se atribuía a Esopo la creación del mayor número de fábulas, aunque sólo a partir de una época mucho más tardía, con el escritor latino Gayo Julio Fedro en el siglo I de nuestra era, el corpus esópico empezará a crecer de forma considerable, de manera que en nuestros días se cuentan más de trescientas las obras procedentes del legendario creador. Siendo un tipo de composición oral, anónima, sujeta a revisiones, relecturas y modificaciones, y teniendo un marcado carácter popular, la fábula se presentó ya en la antigüedad como un tipo de narración opuesta a la lírica, producto individual y destinado a un público elitario. Las raíces históricas de la morfología de la fábula resultan nebulosas, y los ámbitos en los que prosperó se dilatan en una geografía del mundo antiguo que va desde India hasta Grecia, desde Mesopotamia hasta Egipto. Los propios griegos

formularon hipótesis sobre los orígenes de la fábula, ya líbicos (Esquilo), ya egipcios (Platón), ya lidios (Calímaco).

La palabra fábula ha estado sujeta a numerosos estudios e interpretaciones, de ahí que no resulte sencillo acotar su ámbito semántico. La evolución del término a lo largo de los siglos ha acercado su significado, su forma y su función literaria al apólogo, siendo casi imperceptible en muchas ocasiones la distancia que separa ambos términos. Predomina, sin embargo, la personificación de animales en la fábula, y es dicha preponderancia la que distingue desde un punto de vista general una forma narrativa y otra. Existe afinidad entre la fábula y el enigma o el acertijo, y es también una fuente de conflicto interpretativo la distinción entre fábula y parábola, no en vano les acomuna la enseñanza moral y un principio analógico. Los ecos de este dilema llegarán hasta Aristóteles, quien en su *Retórica*, a pesar de distinguir fábula y parábola, reunirá ambos términos en un mismo paradigma que no establece similitudes discursivas con hechos acaecidos en el pasado, lo cual sería propio de la oratoria, sino que los inventa, y esta capacidad de producir analogías a través de la invención, concluirá, es propia de la filosofía (*Retórica*, 1393a-1394a). Así, resultará significativa la enorme presencia de mitos en las epopeyas homéricas, pero la ausencia completa de fábulas en las mismas. Y es que, el principal problema que ya la tardoantigüedad griega contempló es la propia definición de fábula en relación y dentro del significado más general de mito. Ante dicha cuestión, sintetizada en la complejidad y ambivalencia de la palabra griega *mythos*, señalaba Elio Teón, retórico alejandrino del siglo I d.C., en sus *Progymnasmata*: “la fábula (*mythos*) es un discurso falso hecho a imagen de la verdad; pero es necesario saber que el presente examen no concierne a toda fábula, sino a esas a las que después de la exposición añadimos la máxima, de cualquier cosa que esta sea imagen”.

fábula

Años después, en el 197, uno de los padres de la iglesia, Tertuliano, se servirá de dicha distinción en su *Apologeticum* y, pretendiendo desacreditar el mito, ceñirá su esfera semántica hasta hacerla coincidir con la de *fabŭla* (XII, 1).

En el siglo II las coordenadas interpretativas que delimitan todavía hoy el significado de fábula estaban ya esbozadas, y contribuyeron a ello autores como Fedro (s. I d.C.) y Babrio (s. II d. C.), a los que se añadirá sucesivamente Flavio Aviano (s. IV d.C.). Fueron además estos autores las fuentes principales para la difusión de la fábula en el medioevo: de los manuscritos de Fedro surgió la compilación conocida como *Romulus*, cuyo origen se remonta al siglo IX; por su parte, de los manuscritos de Aviano, y de su traducción latina de las fábulas de Babrio, nacieron las llamadas *Avionnet*. A estas compilaciones, aunque en menor medida, se unió la tradición oriental que, desde Al-Andalus y Sicilia, se empezó a dar a conocer en toda Europa.

Quedaba dilucidada así una genealogía y una forma narrativa caracterizada por la riqueza de imágenes alegóricas, por su finalidad didáctica y moral y por un marcado carácter popular adherido al propio nombre latino, *fabŭla*, cuya raíz (v. lat. *fāri*, hablar) recuerda la tradición oral de sus orígenes. Se adscriben a este modelo numerosos relatos para componer un corpus extremadamente heterogéneo que abarca fuentes tan dispares como el Antiguo Testamento, en el que, por ejemplo, la fábula comparece claramente en el *Libro de los Jueces* (9, 8-15), el *Pachatantra* sánscrito, los cuentos árabes recogidos en *Las mil y una noches*, el *Disciplina clericalis* del converso aragonés Pedro Alfonso, el *Llibre de les bèsties* que se incluye en el *Llibre de meravelles* de Ramón Llull, o la compilación del siglo XII conocida como *Ysopet*, atribuida a María de Francia.

Paralelo al redescubrimiento de la cultura y la filosofía clásica, no por casualidad, el Renacimiento renovó también el gusto por la fábula, mezclada y confundida de nuevo con el universo iconográfico y conceptual de los mitos grecolatinos. De esta tendencia participaron artistas como Botticelli o Leonardo y escritores como Edmund Spenser o François Rabelais. Sin embargo el esplendor del género en Occidente llegaría con los siglos XVII y XVIII. Figuras como la del fabulista francés Jean de La Fontaine supusieron un motor no sólo para difundir y renovar la tradición esópica, sino también para reivindicar, como ya lo hiciera Aristóteles, el sentido poético y filosófico de la fábula. Cultivaron en España este género Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Quevedo o Francisco de Rojas Zorrilla. La renovación ilustrada del siglo XVIII fue un campo fértil para la proliferación de fábulas, si bien en este ámbito la creación poética quedó claramente superada a la didáctica de la razón y a los códigos de una nueva doctrina. En palabras de Lessing, el gran escritor de la ilustración alemana, “la fábula es un ejemplo moral”, un vehículo, pues, destinado a enaltecer la renovada episteme del que participaron de manera notable en España Félix María Samaniego y Tomás de Iriarte.

Desde entonces hasta nuestros días, con una sucesión constante de fabulistas, algunos tan relevantes como Ivan Andreyevich Krylov, Lewis Carroll, Rudyard Kipling u Oscar Wilde, el análisis de esta forma narrativa ha tenido que hacer frente a una dicotomía que ya se vislumbraba en sus orígenes y que aún hoy sigue vigente: por una parte, las narraciones que Cervantes llamaba “fábulas apólogas”, aquellas en las que prima un propósito didáctico y aleccionador, como sostenía Lessing; por otra parte, las que Cervantes llamaba “fabulas milesias”, aquellas en las que la finalidad es puramente poética, una reivindicación de la potencia creadora

fábula

que se resume en el grito del poeta Paul Valéry: “*Au commencement était la Fable!*”.

El surgimiento del cine y las nuevas formas de comunicación propias de la sociedad de masas han evidenciado la distancia entre fábula y relato histórico, pero no han resuelto el pleito abierto entre las concepciones de fábula a partir de su finalidad. El contexto contemporáneo tampoco ha generado variaciones sustanciales en cuanto a la forma o a la tipología esencial de las fábulas, más bien al contrario, se han fortalecido en la actualidad los rasgos que tradicionalmente han definido este género: la presentación de personajes antagonistas sigue constituyendo el meollo de estas narraciones en las que, en cualquier tipo de discurso con independencia del ámbito o del público asistente, en un cómic, en una película o en un videojuego, se siguen enfrentando el bien contra el mal, la inteligencia contra la estupidez, la pausa contra la rapidez y la paciencia contra el desasosiego. La profusión de fábulas en la actualidad responde, por un lado, a una demanda social de referentes explicativos de tipo filosófico, ideológico o moral que ni la historia, ni mucho menos los viejos mitos, se encuentran hoy en disposición de proveer y, por otro lado, responde también a la incapacidad generalizada de generar un discurso crítico y responsable que pueda hacer frente a su propio pasado.

BIBLIOGRAFÍA

Blackham, Harold John. *The Fable as Literature*, London, The Athlone press, 1985; Canfora, Luciano. *Storia della letteratura greca*, Roma-Bari, Laterza, 1986; Chevrolet, Teresa. *L'idée de fable. Théories de la fiction poétique à la Renaissance*, Genève, Librairie Droz, 2007; Darmon, Jean-Charles. *Philosophies de la Fable: Poésie et pensée Dans l'œuvre de La Fontaine*, Paris, Hermann Éditeurs, 2011; Jedrkiewicz,

Stefano. *Il convitato sullo sgabello. Plutarco, Esopo ed i sette savi*, Pisa-Roma, Ist. Editoriali e Poligrafici, 1997; Koch, Walter A. (ed.). *Simple Forms: an Encyclopaedia of Simple Text Types in Lore and Literature (Beihefte Zum Tubinger Atlas Des Vorderen Orients)*, Bochum, Universitäts-Verlag, 1994; Lessing, Gotthold Ephraim (1759). “Tratados sobre la fábula”, en *Escritos filosóficos y teológicos*, introducción, traducción y notas de Agustín Andreu, Barcelona, Anthropos, 1990; Martín García, Francisco. *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos*, Cuenca, Servicio de publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996; Ozaeta, María Rosario. “Los fabulistas españoles (con especial referencia a los siglos XVIII y XIX)”, *Epos: Revista de Filología*, vol. XIV, Madrid, 1998, pp. 169-205; Perry, Ben Edwin (ed.) (1952). *Aesopica: Greek and Latin texts*, University of Illinois Press, 2007; Souriau, Étienne. “Fable”, *Vocabulaire d’Esthétique*, Paris, PUF, 1990, p. 721; Tardieu, Michel. “Vie et fables d’Ésope, de l’Égypte à l’Asie centrale”, *Annuaire du Collège de France*, Paris, 2002-2003, pp. 581-586; Tertuliano, Quinto-Septimio Florente (197). *Apologético, a los gentiles*, Madrid, Gredos, 2001.

Ignacio DUQUE GARCÍA

Università degli Studi di Padova.